NOVELA | 'Setenta acrílico treinta lana'

Miércoles 19/10/2011. Actualizado **16:29h.**

¿Quién es esta chica?

- Su novela ha revolucionado el poco convulso panorama de la narrativa italiana

Laura Fernández | Barcelona

Actualizado **miércoles 19/10/2011 16:29 horas**

Leeds, esa ciudad gris en la que nieva, nieva y nieva. Un diciembre que no piensa irse a ningún sitio, que piensa repetirse (avanzar hasta el 31, retroceder luego una y otra y otra vez hasta el punto de partida) hasta el aburrimiento. Vestidos mal cosidos, abandonados, en el contenedor. Y una chica, Camelia, que **trata de pensar con fuerza para que su madre pueda oírla** porque su madre no quiere hablar, ha dejado de hablar, las palabras "han desaparecido", se han caído a un agujero, el mismo agujero en el que cayó su padre, y en el que también cayó su coche y su amante. Todo eso se esconde en el oscuro, hondo y evocador debut literario de la italiana Viola Di Grado: 'Setenta acrílico, treinta lana' (Alpha Decay).

"Por suerte, sólo un 0,1% de la historia es autobiográfica", bromea, sin sonreír, la autora. De hecho, sus labios negros apenas se separan para hablar. El 0,1%, añade a continuación, tiene que ver con su pasión por lo oriental. Con el hecho de que la protagonista aprenda chino. **"El chino es al final lo que la saca del agujero"**, dice. Pero, ¿qué agujero? "Quería contar una historia que se hubiera caído a un agujero, un agujero que ha devorado todas las palabras. De ahí que intenten comunicarse con miradas", contesta. "Como escritor, me interesaba el hecho de poder ir rescatando las palabras de ese agujero, de ir dándoles un nuevo significado", añade.

Hija de una escritora y de un profesor de literatura

Pero las palabras no son las únicas que mueren (y resucitan), también los vestidos lo hacen. "La protagonista destruye sus vestidos y los reconstruye, les da otra vida, los resignifica", insiste Di Grado, que mantiene largas y acaloradas conversaciones sobre estilo y técnica literaria con su madre, la también escritora Elvira Seminara. **"A veces hasta nos olvidamos de comer"**, dice. Su padre es profesor de Literatura Italiana. Pero él, dice Viola, "no nos entiende". "Él sólo nos juzga. Se lee nuestros libros y nos dice lo que le parecen. Pero no entiende de técnica narrativa. No entiende de construcciones de personajes", dice.

Tampoco lo ve tan a menudo. Y tampoco ve tan a menudo a su madre. Porque **Di Grado**, que ha estudiado Lenguas Orientales ("fue una decisión repentina, justo antes de empezar la universidad había estado escribiendo otra novela, anterior a esta, y estaba tan metida que cuando la acabé me di cuenta de que tenía que ir a apuntarme a la universidad y elegí Lenguas Orientales sin saber muy bien por qué", confiesa y, esta vez sí, sonríe un poco), **vive en Londres, una ciudad "de la que me gusta casi todo"**, y por el momento no está pensando en volver a Sicilia, sino, en cualquier caso, alejarse aún más. Quizá Islandia, apunta.

Pero, ¿qué más pasa en 'Setenta acrílico treinta lana'? Que Camelia, la protagonista que destroza vestidos que encuentra en los contenedores y luego los reforma y se los pone, conoce un día a Wen, el hijo del dueño de la tienda de la que salen esos vestidos deformes. Él se presta a

enseñarle chino, mientras en su casa, su madre sigue en silencio, afuera hace frío y diciembre no pasa jamás. Y todo porque su padre ha muerto en brazos de su amante. "**Siempre he sido un poco oscura**. Cuando tenía cinco años escribí mi primer cuento y el protagonista era un oso que intentaba suicidarse sin éxito. Y lo intentaba más de una vez y por todos los medios y no había manera", recuerda.

Y luego está el hecho de que Viola, como Camelia, odia la moda. "La odio. Me molesta. Porque sé que hay alguien que elige lo que tienes que ponerte. Porque no están todas las opciones, sólo las que quieren darte. Y Camelia se siente excluida de la idea de la belleza que el mundo tiene de una chica como ella. Exluida porque cuando entra en las tiendas ve que la gente disfruta comprando y ella no", asegura Di Grado, que es fan de Virginia Woolf, la poesía de Sylvia Plath y la literatura japonesa. "También me gusta mucho el filósofo chino taoísta Zhuang Zi, del siglo IV a.C., que decía que hay que olvidar el lenguaje, **no caer en las trampas de las convenciones y atreverse a reinventarlo**. Algo así es lo que intento hacer. Es mi misión como escritora", sentencia.

© 2011 Unidad Editorial Información General S.L.U.